de las rocas y matar á los europeos uno á uno; pero ignoraban aún el número de sus adversarios y los esperaban con prudencia. Cuando vieron que sólo dos personas se habían unido á ellos, el centinela y el prisionero que libertaron, volvieron á ponerse á la defensiva.

Durante la hora transcurrida, habían tenido tiempo de ir á buscar sus caballos á la pradera y ensillarlos, reunir sus armas y formar un solo grupo que, aunque no muy numeroso, no dejaba de ser temible.

XXVIII

Después de una corta deliberación, los europeos, tranquilos y resueltos, se adelantaron hacia el campamento; mientras tanto el intérprete Alí les decía á los señores Perières y Delange, entre los cuales se encontraba:

—¿No os habéis fijado que parece haber disminuído el número de nuestros adversarios? Los conté hace una hora: eran treinta, haciendo caso omiso de los cinco que huían con el prisionero. Ahora son veintidos, precisamente cuando más falta les hacen sus fuerzas. ¿Qué os parece?

—Se preparan sin duda á envolvernos—repuso el señor Delange;—estemos prevenidos.

—No es ese mi temor—repuso el intérprete.—Los beduínos desprecian esa táctica; no conocen las vanguardias ni las retaguardias. Pienso otra cosa.

—¿Cuál?—preguntaron los dos jóvenes al mismo tiempo.

—Los hombres cuya ausencia he notado pudieran muy bien estar ocupados en guardar al otro prisionero, á vuestro amigo.

—¿Cómo, lo crees así? ¿De modo que si salimos vencedores le matarán?

—Y con doble motivo si salimos vencidos.

—Es cierto. Dejémoslo á la suerte.

—¡Que Alláh nos proteja!—murmuró Alí.

Una distancia muy pequeña separaba á los europeos de los beduínos. Los primeros andaban muy despacio, como si se tratase de una revista. Cada cual llevaba el revólver en la mano, oculto sin embargo detrás de la silla. Los segundos, por el contrario, gesticulaban y blandían sus armas, excitaban con sus gritos los camellos y espoleaban los caballos sin moverse sin embargo del mismo sitio. Ya no se veían en el campamento mujeres ni niños; se habían retirado prudentemente á sus tiendas, dispuestos á volver al lugar de la batalla para insultar á los vencidos.

Periéres se adelantó acompañado de su intérprete Alí, como lo hiciera la primera vez, y se fué derecho al jefe, que estaba montado en un magnífico caballo.

—Ya he encontrado á uno de mis hombres—le dijo.—Vengo á buscar al otro.

—Ya te he dicho que lo habían matado—repuso.

—Continúo no creyéndote. ¿No me habías asegurado que habían matado á los dos? Sabías lo contrario, como sabes ahora dónde se halla el que busco.

—Pues bien—dijo riendo insolentemente el jefe,—búscalo. Voy á mandar que te abran paso hasta nuestras tiendas.

—Para encontrarnos encerrados entre esa especie de muralla y tus hombres ¿no es cierto? Nada de eso, andad delante y os seguiremos.

El jefe lanzó otra risotada burlona, sin moverse de donde estaba, y miró al señor de Periéres con insolencia, mientras que los nómadas agitaban sus lanzas y cargaban sus fusiles.

El joven francés, cada vez más dueño de sí mismo, pero decidido, en la situación difícil que se encontraba, á hacer una hazaña que podía comprometerlo ó salvarlo todo, se acercó á Alí y le dió una orden.

El intérprete no tuvo bastante imperio sobre sí mismo para disimular su asombro; la orden le parecía difícil y de muy peligrosa ejecución. Pero, sin embargo, pareció disponerse á obedecer.

El jefe siguió algunos pasos delante de sus hombres.

Entonces el señor Periéres se volvió hacia sus hombres, y les dijo sin que los beduínos pudiesen entenderlo:

—Guardad vuestros revólvers, y cuando

veais que me lanzo adelante, coged vuestros fusiles y apuntad á los hombres más cercanos al jefe. ¡Atención!

Transcurrieron algunos segundos y sin que nadie pudiese prever este movimiento, el señor Periéres y Alí hicieron á sus caballos salvar de un salto la distancia que los separaba del jefe de los beduínos, le apoyaron á este último sus revólvers al pecho, cogiendo al mismo tiempo la brida de su caballo y se lo llevaron hacia donde estaban los de los europeos.

Habíase ejecutado este movimiento con tal rapidez, que los nómadas y sus mismos adversarios, sin darse cuenta de lo ocurrido, estaban asombrados.

Pero vueltos de la primera sorpresa los del aduar, furiosos y exasperados, apuntaron á su vez á los europeos.

Adelantáronse entonces los intérpretes, y les dijeron que si disparaban un solo tiro, verían morir á su jefe en aquel mismo instante.

Al mismo tiempo quedó éste desarmado, á pesar de su resistencia, mientras que dos marineros sujetaban su caballo.

En cuanto al señor Periéres, sacó tranquilamente un cigarro, y le dijo á Delange, mientras lo encendía:

—No está mal pensado lo que hemos hecho, ¿no es cierto? ¿Pero cómo vamos á salir de esta situación? Esos imbéciles nos miran sin moverse, y nosotros los miramos sin hacer ningún movimiento. Esta escena muda puede

CAPILLA ALFONSINA

durar mucho tiempo, y no nos devuelven al señor de Morin.

—Podéis añadir—dijo á su vez el doctor, encendiendo otro cigarro,—que estos salvajes han almorzado sin duda admirablemente, mientras que nosotros estamos en ayunas, pues se nos han concluído nuestras modestas provisiones. Hace además un sol insoportable, del cual no parecen apercibirse, mientras que yo me siento asar vivo. ¿Por qué no vamos á ponernos á la sombra de aquellas palmeras?

—Guardémonos bien de hacer semejante cosa—repuso Perières;—nuestra inmovilidad es la que constituye nuestra fuerza.

—Es posible; pero tiene también el privilegio de dormirme. ¡Hola, hola! ¿qué es lo que pasa allí? Me parece que veo otros albornoces. ¿Recibirán refuerzos esos pillastres? Sin embargo, ya eran bastante numerosos.

—Sí—dijo Perières alzándose sobre los estribos;—he aquí los ocho hombres que les faltaban. Nuestro intérprete se quejaba hace un momento de que no estuviesen todos; de modo que ya debe estar satisfecho.

En efecto, salían varios nómadas de entre las palmeras, situadas á la derecha del campamento, y se reunían con los demás.

—¡Vuestro amigo está en medio de ellos!—exclamó de pronto Alí.—Ya os lo había dicho yo.

Perières y Delange, demasiado conmovidos para hablar, se estrecharon la mano silenciosamente. Aquel á quien ambos creían muerto, sin haberse dicho nada el uno al otro, vivía

aún y se hallaba delante de ellos. Le vieron adelantarse, insultado por uno, empujado por otro, maltratado por este último, medio desnudo, ensangrentado, pero tranquilo y casi sonriente. Cuando llegó al lado de los beduínos le abrieron paso, poniéndole en la primera fila, frente á su jefe prisionero.

XXIX

El primer pensamiento que cruzó la imaginación del joven pintor al estar tan cerca de sus amigos, fué el de hablarles.

—Sois muy amables de haber venido en mi auxilio—les dijo;—si hubieseis tardado un minuto más, me hubiesen fusilado. Pero cuando se ha esparcido entre mis guardianes el rumor de que os habíais apoderado de su jefe, han retrasado mi ejecución para que sirviera de rehén.

Cuando los salvajes oyeron que su prisionero hablaba, se callaron para ver si comprendían lo que decía. Al apercibirse que no podían enterarse, uno de ellos le dió un golpe con la culata de un fusil para hacerle callar. En seguida dió orden de Perières que hiciesen otro tanto con el jefe de los nómadas. Los beduínos quedaron escandalizados, pero com-

prendieron la lección y se dieron por avisados.

—Aplicáis á las mil maravillas la pena del Talión—exclamó de Morín, que seguía imperturbable;—os dirijo mis cumplimientos por ello. En cuanto á las gracias, las dejaremos para mejor ocasión. No podrían ser completas en este momento. Básteos saber que tengo unos deseos muy grandes de abrazaros, desde que veo tan de cerca vuestros simpáticos rostros.

Fué interrumpido de nuevo. Un árabe había tenido la idea de preparar una especie de mordaza y aplicarla á la boca del prisionero.

—¡Una mordaza para el jefe!—exclamó de Perières, volviéndose á sus hombres.

Dispusiéronse á obedecerle, pero los beduínos reflexionaron que les era útil recibir las órdenes de su jefe, y renunciaron á la mordaza, como habían renunciado á los culatazos.

Los dos prisioneros pudieron, pues, seguir en comunicación con sus compatriotas, pero que no era un partido igual. Gracias á los intérpretes, los europeos se enteraban de todas las órdenes que daba el jefe á sus hombres, mientras que éstos no comprendían una palabra de la conversación del francés y sus amigos.

—Mis nuevas felicitaciones—exclamó de Morin.—Esos tunantes están vencidos por el momento. ¡Ah! ¡si hubiese podido coger á uno de ellos esta noche pasada! ¿Sabéis cómo he caído en sus manos? Están acostumbrados á la oscuridad de su Desierto. Ven en las tinieblas, y yo andaba á tientas. Además, habían hecho una muralla con sus camellos. Son unos animales que sirven para dos cosas: tienen patas para correr y vientre y lomo que sirve de fortificaciones. Por más tiros que tiraba, no daba á nadie, sino á la muralla. Cuando se me concluyeron los cartuchos, me hicieron prisionero. A propósito, ¿sabéis qué ha sido de mi criado?

—Le hemos libertado—exclamó de Periéres.—Está entre nosotros. ¡Adelantáos, José!

La cabeza de Mohammed-Abd-el-Gazal apareció delante de los europeos.

—¡Hola! ¡hola! ¡Estás ahí, muchacho!—dijo el pintor.—Me alegro mucho verte; me has dado bastante que hacer y es preciso reconocer que eres un bribonzuelo. Pero puesto que estás aquí, justo es que vuelvas á encargarte de tu servicio. Pide al señor Periéres un cigarro y traémelo.

Al oir José aquella orden sintió que un estremecimiento pasaba por todo su cuerpo. Sin embargo, es preciso hacerle la justicia que si dejaba que desear como combatiente, poseía todas las virtudes del buen criado. Tenía un sentimiento tan vivo de sus deberes, que para llenarlos era capaz de llegar al heroísmo. Así es que, á pesar del temblor de sus piernas y todo su cuerpo, se le vió atravesar la distancia que le separaba de su amo, entregarle un cigarro, encender una cerilla y ofrecérsela respetuosamente.

Los beduínos, como todos los pueblos medio salvajes, son unos niños grandes. Se di-

vierten con cualquier cosa y tienen una movilidad de carácter sorprendente. De furiosos que estaban antes, se pusieron contentos al ver á José. A las amenazas siguió una alegría franca; á las vociferaciones una risa expansiva.

Preciso es reconocer que Mohammed presentaba un aspecto muy raro. Sus ojos asustados parecían quererse salir de sus órbitas; sus patillas, impregnadas aún de arena, parecían erizadas; su nariz, encarnada á consecuencia de habérsele pegado el sol, presentaba un contraste de lo más gracioso con su rostro pálido de miedo; sus linfáticos hombros se veían por entre su camisa, y su obeso vientre salía por sus pantalones, cuyos botones, en su mayor parte, habían sucumbido durante la noche. En fin, deseoso de no volver á sufrir los efectos del sol, se había puesto en la cabeza una especie de gorro chino, confeccionado con su pañuelo atado por las cuatro puntas.

—¡Calla, calla! Parece que se divierten los beduínos: ¿si nos aprovechásemos de la ocasión?...»

—Eso estaba pensando—repuso Perières—¿qué proponéis?

—¿Cómo os habéis apoderado de su jefe?

—Echándonos sobre él de improviso—repuso Delange.

—Pues bien; haced la misma maniobra conmigo. Os costará menos, puesto que no sólo no me defenderé como él ha debido hacer, sino que os secundaré. Tomad vuestras precauciones sin perder tiempo. Yo por mi parte

voy á entretener á esos imbéciles y obraréis cuando estén más entusiasmados.

Después que hubo dejado José á su amo el tiempo de encender un cigarro, no tuvo sino un pensamiento: el de reunirse á sus compañeros, y se puso á correr para realizarlo. Apenas había franqueado el espacio que le separaba de ellos, oyó la voz de su amo que le volvía á llamar.

—José—decía el pintor,—di á esos señores que tengo sed y hagan el favor de darte un poco de agua.

El señor Delange se apresuró á darle un vaso de charol lleno de agua. Fiel á sus principios, pero cada vez con más miedo, el pobre Mohammed emprendió de nuevo el camino que ya recorriera. Pero ¡ay! que aquel doble paseo y aquella gimnasia repetida habían concluído con los últimos botones de su pantalón. El desgraciado comprendió que aquella prenda (la última, pues con la camisa ya no contaba), iba á abandonarle. Hizo un esfuerzo supremo, y mientras llevaba con una mano el agua, intentó sujetarse su indispensable pantalón.

Esta postura grotesca, y estos esfuerzos desesperados parecieron tan cómicos á los beduínos, que aumentó su alegría. Reían con toda la fuerza de sus pulmones: lloraban. Habían puesto sus fusiles sobre las sillas de sus caballos para sujetarse los costados.

La ocasión era admirablemente escogida para la realización del proyecto del señor de Morin. A una señal convenida y mientras dos de los marineros más robustos sujetaban

al jefe y no le permitían hacer el menor movimiento, los demás salvaron el espacio que los separaba de sus adversarios con una uniformidad admirable, rechazaron los guardias del joven pintor, formaron un círculo alrededor de él, se lo llevaron y volvieron á colocarse donde estaban antes.

Los nómadas no se reían ya: estaban estupefactos. Les habían, como si dijéramos, escamoteado su prisionero; no comprendían absolutamente nada de todo aquello y al mismo tiempo que blandían sus armas y proferían amenazas á los europeos, se preguntaban si no eran brujos ó seres sobrenaturales.

—Ahora no perdamos ni un minuto—dijo de Morin en cuanto se encontró entre los amigos.—Nos esperan con impaciencia en Djeddah y no tenemos derecho de eternizarnos aquí.

—El irnos es nuestro mayor deseo—dijo Delange;—pero si volvemos la espalda á esos salvajes y cesamos de apuntarles, van á hacer fuego sobre nosotros.

—Os olvidáis de su jefe, que es nuestro salvaguardia—repuso Morin.—¿Dónde está nuestro intérprete?

—Aquí estoy, amo—dijo Alí adelantándose.

—Ven, vamos á hablar con el jefe; le traducirás lo que yo te diga, palabra por palabra.

Mientras los nómadas se consultaban entre sí, y concertaban tal vez un ataque contra los europeos, el señor de Morin decía al jefe del aduar lo siguiente:

—¡Te has portado de una manera indigna conmigo! Cuando me trajeron anoche á tu campamento, te pedí tu protección y te ofrecí un rescate considerable si me permitías volver con los míos. No contento con rechazar mis ofertas, me has dejado insultar y maltratar. Merecerías ser castigado, pero te perdono. Sólo que nos vamos á marchar y vas á venirte con nosotros. Cuando lleguemos á las puertas de Djeddah, te juro dejarte en libertad, sin acordarme de tu comportamiento, y si no tenemos queja de ti ni de tus hombres. Diez de ellos pueden seguirnos, y te servirán de escolta cuando vuelvas. Pero si profieren una palabra por el camino ó una amenaza, perecerán contigo. Cualquiera que sea vuestra decisión, dentro de cinco minutos nos marchamos.

El beduíno interpeló á sus hombres después de un momento de reflexión y de examinar minuciosamente las armas de los europeos. Entablóse un coloquio animado entre ellos. Los intérpretes entendieron que las ideas del jefe eran pacíficas, pero varios salvajes de los más jóvenes vacilaban. Por fin parecieron ceder y el primero se volvió hacia de Morin y le dijo:

—Marchemos; me fío de tu palabra, como tú puedes fiarte de la mía.

—Muy bien, pero como yo y mi criado vamos á pie, lo cual haría el viaje muy largo, necesito que nos dejen unos caballos. No tengas el menor recelo, pues te los devolveremos; no somos unos bandidos.

El jefe dió algunas órdenes, pero no fueron

obedecidas más que á medias. Trajeron al señor de Morin el caballo que le quitara la víspera á Abu-Zamil, pero ofrecieron un camello á José. Al ver el infortunado criado este animal, estuvo á punto de desmayarse.

—No, no, prefiero ir á pie, no quiero camello, nada de camello.

—Es imposible—le dijo su amo,—si nos sigues á pie no vamos á llegar á Djeddah en tres días.

Afortunadamente el intérprete Omar, acostumbrado al camello desde la niñez, cedió su caballo á José y tomó la montura de éste.

La pequeña columna europea, compuesta ahora de diez hombres, contando al jefe, que le llevaban dos hombres sujetos en el centro, tomó el camino de Djeddah.

Diez beduínos los seguían á una corta distancia, como había quedado convenido.

XXX

«¡Nos lo han devuelto! ¡Nos han devuelto á todos! ¡Yo me poseo de gozo; mi corazón se desborda! Esos hombres son admirables, querida amiga. ¡Y qué simplicidad! Si interrogo al señor de Morin, se niega á contestarme y hablarme de él. Afirma que sus aventuras entre los salvajes no merecen ni siquiera referirlas; que sólo se trata de una excursión, que ni debe figurar en nuestras notas de viaje. Pero si por casualidad pronuncio el nombre de Periéres ó Delange, ¡oh! entonces es muy diferente; exclama en seguida que han estado incomparables.

Parece mentira—dice—que Delange sea un médico; de seguro nos oculta su pasado; ha debido servir en los zuavos ó en los cazadores de Africa; está aguerrido y disciplinado como un soldado viejo, y es intrépido como un cadete.

En cuanto á Periéres, no se sabe que es más digno de admirar en él, si su audacia ó su sangre fría.

Afortunadamente el literato y el médico nos edifican á su vez acerca de Morin: afirman que su serenidad es incomparable; su resignación, su valor y su energía. Su buen humor y su alegría no le abandonan nunca, y á esto sólo, aseguran, es á lo que deben haber salido sanos y salvos de esa aventura.

Parece que al acercarse á Djeddah, tropezó la pequeña caravana con nuevos peligros. Los beduínos que la seguían, estuvieron á punto de atacarla; pero el buen humor de Morin salvó la situación.

¿Queréis creer, amiga mía, que pudo obtener víveres para su tropa, que, dicho sea de paso, les hacían gran falta? Se detuvieron á las dos de la tarde en una especie de oásis que se hallaba en el camino y almorzaron, con el revólver en la mano, por supuesto. José era

CAPILLA ALFONSINA